

Francisco Panizza

(Compilación e introducción)

Benjamín Arditi - Sebastián Barros - Glenn Bowman
David Howarth - Ernesto Laclau - David Laycock
Joseph Lowndes - Chantal Mouffe - Oscar Reyes
Yannis Stavrakakis

EL POPULISMO COMO ESPEJO DE LA DEMOCRACIA

Introducción

El populismo como espejo de la democracia (fragmento)

Francisco Panizza*

Interpretando el populismo

Se ha vuelto casi un cliché comenzar a escribir sobre el populismo lamentando la falta de claridad acerca del concepto, y poniendo en duda su utilidad para el análisis político.¹ El populismo constituye un concepto controvertido, y los acuerdos respecto de qué significa y quién califica como populista resultan difíciles ya que, a diferencia de otros conceptos también controvertidos -como el de democracia-, se ha vuelto una atribución analítica más que un término con el cual la

* Quiero agradecer a Benjamín Arditi por sus comentarios sobre este ensayo y a Juliet Martínez por su ayuda en la edición del manuscrito.

¹ Véanse, por ejemplo, María Mackinnon y Mario Alberto Petrone (eds.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, Buenos Aires, Eudeba, 1998; Alan Knight, "Populism and Neo-Populism in Latin America, Especially Mexico", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 30, núm. 2, 1998, pp. 223-248; y Kenneth Roberts, "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case", en *World Politics*, vol. 48, núm. 1, 1996, pp. 82-116.

mayoría de los actores políticos se identificaría con gusto.² Pero a no ser que realicemos un gesto brechtiano y suprimamos al pueblo, el populismo forma parte del paisaje político moderno, y va a seguir siendo así en el futuro. Sin embargo, aunque no hay acuerdo académico respecto del significado del populismo, es posible identificar un núcleo analítico en torno al cual existe un grado significativo de consenso. Este núcleo es teóricamente elegante y, como muestran las contribuciones que integran este volumen, brinda la base para un rico análisis empírico. Luego de examinar brevemente las principales aproximaciones al populismo, voy a presentar su núcleo analítico a partir de tres elementos: un modo de identificación, un proceso de nominación y una dimensión de la política. En las próximas secciones analizaré las condiciones de emergencia del populismo y tres cuestiones clave para entenderlo: ¿quién es el pueblo? ¿Quién habla en nombre del pueblo? ¿De qué manera tiene lugar la identificación populista? Ilustraré mis argumentos con referencias a casos de políticas populistas que nos ofrecen los colaboradores de este libro, así como con ejemplos tomados de estudios sobre el populismo en América Latina y otros lugares. Voy a finalizar esta introducción con algunas reflexiones acerca de las relaciones entre política, populismo y democracia.

¿Qué es el populismo?

Tiene poco sentido intentar resumir los numerosos estudios sobre populismo de la ya vasta literatura académica sobre el tema. Sin embargo, como parte de la investigación intelectual que conduce al núcleo analítico del concepto, resulta importante distinguir tres modos de aproximación al populismo, que a su vez tienen importantes variaciones internas. El propósito de este panorama general no es examinar en detalle las diferentes teorías acerca del populismo, sino más bien destacar los problemas planteados por los diferentes enfoques, así como también centrar la atención en algunos supuestos compartidos que serán examinados en mayor detalle en la discusión en torno al núcleo analítico del concepto. Con este propósito voy a dividir los enfoques del populismo en tres grandes categorías: a) generalizaciones empíricas; b) explicaciones historicistas; y c)

² El término “populista” fue usado originalmente en Estados Unidos, a mediados de la década de 1890, en referencia al Partido del Pueblo, pero desde entonces casi ningún movimiento o líder ha reconocido ser “populista”. En el lenguaje político corriente, el término posee una connotación negativa, al estar estrechamente asociado con términos como demagogia y prodigalidad económica, que indican irresponsabilidad económica o política.

(siguiendo a Stavrakakis en el capítulo IX de este libro) “interpretaciones sintomáticas”.

El enfoque empirista analiza supuestos casos de populismo intentando extraer una serie de características definitorias positivas que podría ofrecer un grupo distintivo de atributos para caracterizar el fenómeno. Uno de los primeros ejemplos de este enfoque es la definición que hace Peter Wiles del populismo, que incluye 24 características diferentes, que, a menos que se nos explique cuál es su relación mutua, deja sin sentido la categorización.³ Otros académicos hacen una lista más limitada de atributos, y los combinan en una definición descriptiva poco rigurosa, pero los resultados no son mucho más reveladores.⁴ Algunos estudios empíricos del populismo construyen tipologías del concepto. Pero, si bien las tipologías juegan un rol útil en los análisis políticos, si no se las construye en torno a un núcleo conceptual, no pueden explicar el elemento común que liga sus elementos, sin el cual permanecerían heterogéneos. Al utilizar el término populismo, la mayoría de los observadores supone que el elemento común existe, pero por lo general lo hace de manera implícita e intuitiva en lugar de hacerlo de manera explícita y analítica. Sin embargo, tales supuestos no son de ninguna manera justificables por sí mismos.⁵

Un segundo enfoque consiste en vincular el populismo con un determinado período histórico, formación social, proceso histórico o conjunto de circunstancias históricas. Típica de esta interpretación historicista es la vasta literatura sobre populismo latinoamericano que restringe el término a la época dorada de la política populista, que se extiende desde la crisis económica de la década de 1930 hasta la desaparición del modelo de desarrollo de industrialización mediante la sustitución de importaciones (ISI) a fines de la década de 1960. Este enfoque destaca la fuerte asociación entre la política populista -como

³ Peter Wiles, “A Syndrome, Not a Doctrine: Some Elementary Theses on Populism”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.), *Populism: Its Meaning and National Characteristics*, Londres, 1969, pp. 166-179 [trad. esp.: “Un síndrome, no una doctrina. Algunas tesis elementales sobre el populismo”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969].

⁴ La siguiente caracterización del populismo latinoamericano es típica de este enfoque empírico-descriptivo: “El populismo fue un estilo expansivo de realizar campañas electorales por parte de políticos pintorescos y carismáticos, que podían atraer masas de nuevos votantes a sus movimientos y mantener indefinidamente su lealtad, aun después de muertos. Inspiraban en sus seguidores un sentimiento de nacionalismo y orgullo cultural, y prometían también darles una vida mejor”. Michael Conniff, “Introduction”, en Michael Conniff (ed.), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa y Londres, 1999, p. 4.

⁵ Peter Worsley, “The Concept of Populism”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.), *Populism: Its Meaning and National Characteristics*, Londres, 1969, p. 243 [trad. esp.: *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969].

una alianza de clases bajo la conducción de un líder carismático como Juan Domingo Perón en la Argentina, Getúlio Vargas en el Brasil y Lázaro Cárdenas en México- y la estrategia de desarrollo mediante la ISI.⁶ Aunque el gran número de regímenes populistas que gobernaron la región durante ese período debe ser explicado, esta interpretación limitada del populismo no logra justificar sus límites geográficos y temporales estrechos y autoimpuestos, que excluyen casos anteriores y posteriores de populismo en América Latina y en otros lugares.

En contraste con los enfoques anteriores, una lectura sintomática del populismo incorpora algunos de los rasgos que caracterizan al populismo según los enfoques empírico e historicista, pero justifica su inclusión en función del núcleo analítico del concepto sobre la base de la constitución del pueblo como un actor político.⁷ Este enfoque entiende al populismo como un discurso anti *statu quo* que simplifica el espacio político mediante la división simbólica de la sociedad entre “el pueblo” (como los “de abajo”) y su “*otro*”.⁸ De más está decir que las identidades tanto del “pueblo” como del “*otro*” son construcciones políticas, constituidas simbólicamente mediante la relación de antagonismo, y no categorías sociológicas. El antagonismo es, por lo tanto, un modo de identificación en el cual la relación entre su forma (el pueblo como significante) y su contenido (el pueblo como significado) está dada por el propio proceso de nominación -es decir, de establecimiento de quiénes son los enemigos del pueblo (y por lo tanto, de quién es el propio el pueblo)-. Una dimensión anti *statu quo* es esencial al populismo, ya que la constitución plena de las identidades

⁶ Así, por ejemplo, la afirmación de Paul Drake según la cual el populismo latinoamericano ha exhibido tres rasgos interrelacionados: “Primero, ha estado dominado por un liderazgo paternalista, personalista, y a menudo carismático, y una movilización verticalista. Segundo, ha implicado la incorporación multiclasista de las masas, especialmente trabajadores urbanos, pero también sectores de la clase media. Tercero, los populistas han puesto el énfasis en programas de desarrollo integracionistas, reformistas y nacionalistas para que el Estado promoviera en forma simultánea medidas redistributivas para los partidarios populistas, y, en la mayoría de los casos, la industrialización mediante la sustitución de importaciones”. Paul Drake, “Chile’s Populism Reconsidered, 1920s-1990s”, en Michael Conniff (ed.), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa y Londres, 1999, p. 63.

⁷ Tomo el término “sintomático”, del capítulo de Stavrakakis de este libro, para referirme a un enfoque no esencialista, basado en una conceptualización formal del populismo que identifica su sujeto -el pueblo- mediante el proceso constitutivo de nominación.

⁸ Esta definición sigue el trabajo fundamental de Ernesto Laclau sobre populismo “Towards a Theory of Populism”, en Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Londres, 1997 [trad. esp.: *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI, 1978]. Para su noción de antagonismo véase *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Londres, 1990, pp. 5-41 [trad. esp.: *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000]. Véase también su contribución a este volumen.

populares necesita la derrota política del “otro”, el cual es percibido como opresor o explotador del pueblo, y por lo tanto como el que impide su presencia plena. El contenido específico de una determinada apelación populista varía según las diferentes maneras en que se define esta relación antagónica. El “otro”, en oposición al “pueblo”, puede ser presentado en términos políticos o económicos o como una combinación de ambos, significando “la oligarquía”, “los políticos”, un grupo étnico o religioso dominante, “los *insiders*” de Washington”, “la plutocracia”, o cualquier otro grupo que impida al pueblo lograr la plenitud. El antagonismo entre el *pueblo* y su *otro*, y la promesa de plenitud una vez vencido al enemigo, se presentan claramente en la siguiente canción popular, cantada en el Perú por partidarios de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), uno de los partidos populistas históricos de América Latina:

Aprista por siempre adelante,
aprista debemos luchar.
La oligarquía finalmente será derrotada,
y habrá felicidad en nuestra patria.⁹

El populismo es, por lo tanto, un modo de identificación a disposición de cualquier actor político que opere en un campo discursivo en el cual la noción de soberanía del pueblo y su corolario inevitable, el conflicto entre los poderosos y los débiles, constituyan elementos centrales de su imaginario político.¹⁰ Como afirma Ross Perot con gran claridad: “Nosotros [el pueblo] somos los propietarios de este país”, una afirmación repetida con un efecto más retórico por el líder venezolano Hugo Chávez: “Declaro al pueblo venezolano como el único y verdadero dueño de su soberanía. Declaro al pueblo venezolano como el verdadero dueño de su propia historia”.¹¹

La noción de *pueblo soberano* como un actor que mantiene una relación antagónica con el orden establecido, como el elemento central del populismo, tiene una larga tradición en las obras sobre la temática.

** Los *insiders* son personas que son miembros de los *think tanks*, organizaciones políticas, grupos de lobby y otros grupos que influyen y deciden sobre la política. [N. de la T.]

⁹ Tomado de Imelda Vega Centeno, *Aprismo popular: mito, cultura e historia*, Lima, Tarea, 1986, p. 80.

¹⁰ Esta es una versión modificada de la definición de Michael Kazin sobre populismo como un “modo de persuasión”, en Michael Kazin, *The Populist Persuasion: An American History*, Ithaca y Londres, 1995.

¹¹ La cita de Perot se encuentra en Dennis Westlind, en *The Politics of Popular Identity: Understanding Recent Populist Movements in Sweden and the United States*, Lund, 1996, p. 175. La cita de Chávez es de Luis Ricardo Davila, “The Rise and Fall of Populism in Venezuela”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 19, núm. 2, 2000, p. 236.

Edward Shils afirmó que el populismo implica la aceptación de dos principios fundamentales: la noción de la supremacía de la voluntad del pueblo y la noción de la relación directa entre el pueblo y el gobierno.¹² Al elaborar las ideas de Shils, Peter Worsley resumió este rasgo común cuando observó que, en su acepción menos precisa, el término “populismo” se ha utilizado para describir cualquier movimiento que invoque el nombre del pueblo.¹³ Más recientemente, Margaret Canovan propuso una definición de populismo que comparte con Worsley, Shils y Laclau el argumento según el cual la constitución de identidades populares es central en la apelación populista, al afirmar que el populismo en las sociedades democráticas modernas “es entendido más como una apelación al ‘pueblo’ contra la estructura de poder establecida, así como también contra las ideas y los valores dominantes de la sociedad”.¹⁴

La afirmación de los populistas de que encarnan la voluntad del pueblo no es precisamente nueva ni original. Las nociones de “pueblo” y de “soberanía popular” son centrales en las narrativas de la modernidad política, y -como observa Canovan- están relacionadas con cuestiones claves sobre el significado y la naturaleza de la democracia. Además, en la política moderna, prácticamente todo discurso político apela al pueblo o dice hablar en nombre del pueblo, lo que haría imposible distinguir entre entidades políticas populistas y no populistas. Pero si queremos permanecer dentro de una noción no esencialista del populismo, debemos estar de acuerdo en que “el pueblo” no posee un referente fijo, ni un significado esencial, lo cual equivale a coincidir con el argumento de tipo “Humpty Dumpty” según el cual el término significa lo que aquellos que lo utilizan eligen que signifique.¹⁵ Sin embargo, afirmar que “el pueblo” no posee un significado esencial o un referente fijo no equivale a decir que no posee ningún significado. Quiere decir, en cambio, que su significado está constituido por el propio proceso de nominación, o, como plantea Oscar Reyes en el capítulo IV, que está

¹² Edward Shils, *The Torment of Secrecy: The Background and Consequences of American Security Policies*, Londres, 1956, pp. 98-104.

¹³ Peter Worsley, *op. cit.*, p. 242.

¹⁴ Margaret Canovan, “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”, en *Political Studies*, vol. XLVII, 1999, pp. 2-16.

¹⁵ Coincido con Dave Lewis en que es imposible brindar un conjunto de criterios positivos, por más mínimo que sea, que permanezca igual en todas las circunstancias contrafactuales en la definición de los grupos de identidad. Por lo tanto, la única definición adecuada para tal grupo es que está constituido por aquellos individuos o grupos que o bien se han identificado a sí mismos o bien han sido identificados por otros como constituyendo dicho grupo. Dave Lewis, en “Fantasy and Identity - the case of New Age Travellers”, trabajo preparado para la conferencia Identification and Politics Workshop II, Universidad de Essex, Colchester, Gran Bretaña, 23 y 24 de mayo de 2002.

determinado por un proceso de nominación que determina de manera retroactiva su significado.

Worsley observa que las apelaciones al pueblo *adoptan y dejan de lado formas de identificación existentes* como “trabajadores, campesinos/granjeros, micro emprendedores, miembros de tribus; cualquier persona humilde, amenazada, xenófoba [...] ofreciendo a todos ellos una nueva identidad común transversal [...], *el Volk*”.¹⁶ Este doble proceso de des-identificación y re-identificación -el “adoptar y dejar de lado” al que hace referencia Worsley- es central en la constitución de las identidades colectivas. Chantal Mouffe (capítulo II) destaca la importancia del antagonismo en el proceso de deconstrucción y reconstrucción de las identidades colectivas cuando afirma -contra todos aquellos que consideran que la política puede ser reducida a motivaciones individuales y que está conducida por la persecución de intereses personales- que los populistas son perfectamente conscientes de que la política consiste siempre en la creación de un “Nosotros” versus un “Ellos”. En su forma extrema, el antagonismo puede incluir algún elemento de violencia física. En su análisis del nacionalismo palestino, Glenn Bowman (capítulo V) expone cómo la violencia juega un rol constitutivo en la formación de las identidades nacionalistas. Pero el antagonismo no tiene que ver necesariamente con la violencia física, ni siquiera con la amenaza de violencia. Es, más bien, una forma de identificación. Como sostiene Ernesto Laclau en el capítulo I, la constitución de la frontera política entre “los de abajo” y los poderosos requiere que las particularidades que forman el significante “el pueblo” se conviertan en elementos de una cadena de equivalencias en la cual sólo tienen en común la propia relación de antagonismo. En otras palabras, sólo podemos nombrar al pueblo al nombrar a su “otro” ya que, parafraseando a Bowman, al oprimir a todos ellos, el opresor simultáneamente convierte a todos ellos en “lo mismo”.

El rol constitutivo del antagonismo en el proceso de identificación puede ilustrarse mediante los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Los habitantes de Estados Unidos están profundamente fragmentados por raza, clase, género, religión y otros marcadores de la identidad. Antes del 11 de septiembre, también estaban políticamente muy divididos, después de una elección que planteó serias dudas sobre la legitimidad de la victoria de George W. Bush. Sin embargo, el ataque terrorista del 11 de septiembre suspendió temporalmente la red de diferencias de la sociedad estadounidense, e hizo que la gente de Estados Unidos se identificara a sí misma como “estadounidense” -esto es, como un único pueblo amenazado (en este caso) por un enemigo externo violento-. Sería erróneo, sin embargo, equiparar la atrocidad

¹⁶ Peter Worsley, *op. cit.*, p. 242.

violencia física del ataque del 11 de septiembre a la constitución de una relación de antagonismo. El propio ataque fue un acontecimiento material que sólo adquirió su sentido al ser situado dentro de un determinado marco discursivo en el cual se constituyó la relación de antagonismo. No fueron los aviones estrellándose contra el World Trade Center, sino la famosa frase del presidente Bush: “O están con nosotros, o están con los terroristas” lo que cristalizó este antagonismo. En su dicotomización del espacio político, Bush borró todas las diferencias internas entre la gente de Estados Unidos y la constituyó en un “Nosotros” colectivo contra un “Otro Terrorista”. En esta formulación, el valor positivo del “Nosotros” no deriva tanto de la oposición abstracta entre “nosotros y ellos”, sino más bien del valor normativo implícito en la propia nominación del “ellos” como los terroristas. El terror, y no un “ellos”, es el exterior constitutivo del “Nosotros” de Bush.

El proceso de nominación -el “Nosotros” de Bush- no creó un pueblo estadounidense partiendo de cero, ya que obviamente existía una identidad estadounidense antes del 11 de septiembre. Como observa Sebastián Barros (capítulo x), la novedad nunca es completamente nueva, sino que siempre carga con los rastros de la relativa estructuralidad del orden dislocado, que establece sus condiciones de producción y recepción. Aunque la sociedad estadounidense estaba sujeta a diferentes formas de dislocación y fragmentación antes del 11 de septiembre, era, no obstante, una sociedad en la cual las relaciones sociales estructuraban identidades relativamente estables. Esto significa que el proceso de constitución por parte de Bush del “Nosotros” de la identidad estadounidense se basó parcialmente en formas existentes de patriotismo estadounidense y en versiones previas de qué significa ser estadounidense. Y, sin embargo, la nominación de Bush no fue sólo la recuperación de una identidad ya completamente constituida. También redefinió cuál era el significado de ser estadounidense. Como expuso en su discurso del Estado de la Unión en enero de 2002, tal vez ignorante de las plenas implicancias de su comentario: “*Sin embargo, después de que Estados Unidos fuera atacado, fue como si la totalidad de nuestro país se hubiera mirado al espejo y hubiera visto su mejor ser*”. Era él, por supuesto, quien sostenía el espejo para que la gente se identificara y diera sentido al 9/11. Y él utilizó el espejo de la identificación para redefinir lo que significa ser estadounidense. Sorprendentemente para un individualista de derecha, el pueblo estadounidense de Bush incluía objetivos colectivos y autosacrificio de un modo que nos recuerda la frase de Kennedy, tan difamada por la derecha libertaria: “No se pregunten qué puede hacer el país por ustedes; pregúntense qué pueden hacer ustedes por su país”.

Se nos recordó que somos ciudadanos, con obligaciones unos hacia otros, hacia nuestro país, y hacia la historia. Comenzamos a pensar menos en los bienes que podemos acumular, y más en el bien que podemos hacer. Durante demasiado tiempo nuestra cultura ha dicho: "Si lo hace sentir bien, hágalo". Ahora Estados Unidos está abrazando una nueva ética y un nuevo credo: "¡Adelante!". En el sacrificio de los soldados, en la fuerte fraternidad de los bomberos y en la valentía y la generosidad de los ciudadanos comunes, hemos vislumbrado cómo sería una nueva cultura de la responsabilidad. Queremos ser una nación que sirva a objetivos mayores que el individuo.¹⁷

El "Nosotros" colectivo nombrado por Bush estaba lleno de ambigüedad, ya que daba por sentado de quién hablaba cuando dividió el espacio político entre "ellos y nosotros". ¿Se refería el "Nosotros" al pueblo estadounidense? Y en caso de que así fuera, ¿a todo el pueblo o sólo una parte? ¿Incluía personas que no fueran estadounidenses? En caso de que así fuera, ¿quiénes eran estas otras personas? ¿Occidente? ¿Aquellos que comparten los valores estadounidenses? ¿Aquellos que, independientemente de sus valores, están contra el terrorismo? Interrogantes similares surgen respecto del "otro-ellos" terrorista. La ambigüedad de la expresión inundó la división "con nosotros o contra nosotros" con una gran riqueza de significados. Sin embargo, Bush fijó el significado de los acontecimientos del 11 de septiembre dentro de una determinada tradición ideológica. Al declarar que el hecho fue obra de personas malvadas y un ataque contra la libertad, cristalizó el sentido del 9/11 en términos de un absoluto moral que identificaba a Estados Unidos como la encarnación de la libertad, el principal significante del discurso político estadounidense.¹⁸ La fuerza constitutiva del sentido dado por Bush al 9/11 como un ataque a la libertad fue reforzada, más que debilitada, por su uso del término "libertad".¹⁹ Para el pueblo estadounidense, traumatizado por el ataque, constituyó una respuesta simple al interrogante complejo de por qué el ataque y por qué a ellos.

La constitución que hace Bush de un antagonismo discursivo entre "ellos y nosotros" ¿lo convierte en un populista? Una lectura no esencialista del populismo se mezcla torpemente con intentos de designar a ciertos políticos o partidos como "populistas", aunque en la práctica resulta difícil no hacerlo. El populismo se refiere a modos de

¹⁷ Tomado del discurso del Estado de la Unión del presidente Bush del 29 de enero de 2002.

¹⁸ Bush presentó el ataque del 11 de septiembre como un ataque a la libertad en varios discursos. Por ejemplo, en su discurso del Estado de la Unión dijo: "La historia ha llamado a Estados Unidos y sus aliados a la acción, y es nuestra responsabilidad y nuestro privilegio pelear la lucha de la libertad".

¹⁹ Aunque compartida y disputada por la derecha y la izquierda estadounidenses, la apelación a la libertad y la oposición a la interferencia del gobierno se destacan particularmente en el populismo de derecha. Véase el capítulo de Joseph Lowndes, p. 201 en este volumen, y Michael Kazin, *op. cit.*

identificación y no a individuos o partidos. Como señaló Michael Kazin, el uso del término “populista” no debería ser entendido para indicar que sus sujetos *eran* populistas, en la manera en que eran sindicalistas o socialistas, demócratas liberales o republicanos conservadores, sino más bien para indicar que toda esta gente utilizó el populismo como un modo flexible de persuasión para redefinir al pueblo y a sus adversarios.²⁰ Y decir modo de persuasión equivale a decir modo de identificación, ya que uno ya no es “la misma persona” después de haber sido persuadido de una determinada proposición.²¹

El “otro” de la guerra contra el terrorismo planteada por Bush se refiere a un enemigo principalmente externo, definido en términos de maldad, y no como el opresor del pueblo estadounidense, pero, como observamos antes, su significado último nunca resulta claro. La búsqueda de supuestos terroristas dentro de Estados Unidos, las sospechas despertadas por los estadounidenses árabes, los llamamientos al pueblo a estar alerta en sus casas y la detención sin juicio de residentes estadounidenses prácticamente como prisioneros de guerra sugieren que, en efecto, existe un enemigo adentro. Tal vez en el discurso de Bush no haya rastros del conflicto entre el pueblo y la minoría privilegiada, que lo señalaría como un modo de identificación populista. Pero en sus discursos sobre el 11 de septiembre hay muchas apelaciones a los estadounidenses comunes como un pueblo virtuoso, lo cual es parte de la tradición populista del país.²² Y, aunque “el pueblo” puede ser un significante vacío sin ningún significado fijo, como señala Joseph Lowndes en el capítulo VI, siempre evoca los rastros de un determinado contenido moldeado por el lenguaje y la historia.



²⁰ Michael Kazin, *op. cit.*, pp. 2 y 3.

²¹ Peter Worsley, *op. cit.*, p. 217.

²² Así, por ejemplo, el siguiente extracto del discurso del Estado de la Unión de Bush de 2002: “El pueblo estadounidense ha respondido magníficamente, con coraje y compasión, fortaleza y resolución. Al reunirme con los héroes, abrazar a las familias y mirar las caras cansadas de los socorristas, me sentí admirado del pueblo estadounidense”.

I. Populismo: ¿qué nos dice el nombre? (fragmento)

Ernesto Laclau

Toda definición presupone una perspectiva teórica que otorga sentido a lo que define. Este sentido -como afirma la propia noción de definición- sólo puede establecerse sobre la base de la diferenciación del término definido respecto de alguna otra cosa que la definición excluye. Esto, a su vez, presupone un *terreno* dentro del cual esas diferencias como tales son pensables. Es este terreno el que no es inmediatamente obvio cuando denominamos populista a un movimiento (?), a una ideología (?), a una práctica política (?). En los dos primeros casos -movimientos e ideologías-, denominarlos populistas implicaría diferenciar ese atributo de otras caracterizaciones en el mismo nivel de definición, como "fascista", "liberal", "comunista", etc. Esto nos embarca inmediatamente en una tarea complicada y a la larga contraproducente: hallar ese último reducto donde encontraríamos un populismo "puro", irreductible a aquellas otras caracterizaciones alternativas. Si intentamos hacer esto, entramos en un juego en el cual cualquier atribución al populismo de un contenido social o ideológico se enfrenta inmediatamente con una avalancha de excepciones. Por lo tanto, nos vemos forzados a concluir que cuando utilizamos el término, nuestras prácticas lingüísticas presuponen en alguna medida su sentido, pero que este último no puede, sin embargo, traducirse de un modo definible. Por lo demás, aún menos podemos, a través de ese sentido, apuntar a un referente identificable (que lo cubriría plenamente).

¿Qué ocurre si pasamos de los movimientos o las ideologías como unidades de análisis, a las prácticas políticas? Todo depende de cómo concibamos este pasaje. Si está gobernado por la unidad de un sujeto constituido a nivel de la ideología o del movimiento político, obviamente no habremos avanzado un solo paso en la determinación de lo que es específicamente populista. Las dificultades para determinar el carácter político de los sujetos de ciertas prácticas no pueden sino reproducirse en el análisis de las prácticas como tales, en la medida en que estas últimas simplemente *expresan* la naturaleza interna de esos sujetos. Sin embargo, existe una segunda posibilidad -a saber, que las prácticas políticas no expresen la naturaleza de los agentes sociales sino que, en cambio, los *constituyan*-. En ese caso, la práctica política tendría cierto tipo de prioridad ontológica sobre el agente -este último sería meramente un precipitado histórico de la primera-. En términos ligeramente diferentes: las prácticas serían unidades de análisis más importantes que el grupo -es decir, el grupo sólo sería el resultado de una articulación de prácticas sociales-. Si este enfoque es correcto,

podríamos decir que un movimiento no es populista porque en su política o ideología presenta *contenidos* reales identificables como populistas, sino porque muestra una determinada *lógica de articulación* de esos contenidos -cualesquiera sean estos últimos-.

Antes de introducirnos en la sustancia de nuestro argumento es necesario hacer una última observación. La categoría de “articulación” ha tenido cierta difusión en el lenguaje teórico durante los últimos treinta o cuarenta años -especialmente dentro de la escuela althusseriana y su área de influencia-. Deberíamos decir, sin embargo, que la noción de articulación que desarrolló el althusserianismo se limitó principalmente a los contenidos *ónticos* que participan en el proceso de articulación (lo económico, lo político, lo ideológico). Existía cierta teorización *ontológica* en lo que se refiere a la articulación (las nociones de “determinación en última instancia” y de “autonomía relativa”), pero como esta lógica formal aparecía como necesariamente derivada del contenido óntico de algunas categorías (por ejemplo, la determinación en última instancia podía corresponder *sólo* a la economía), la posibilidad de plantear una ontología de lo social estaba estrictamente limitada desde el comienzo. Dadas estas limitaciones, la lógica política del populismo era impensable.

En las páginas siguientes, voy a plantear tres proposiciones teóricas: 1) que el pensar la especificidad del populismo requiere comenzar el análisis a partir de unidades más pequeñas que el grupo (ya sea en el nivel político o en el ideológico); 2) que el populismo es una categoría ontológica y no óntica -es decir, su significado no debe hallarse en ningún contenido político o ideológico que entraría en la descripción de las prácticas de cualquier grupo específico, sino en un determinado *modo de articulación* de esos contenidos sociales, políticos o ideológicos, cualesquiera ellos sean-; 3) que la forma de articulación, aparte de sus contenidos, produce efectos estructurantes que se manifiestan principalmente en el nivel de los modos de representación.